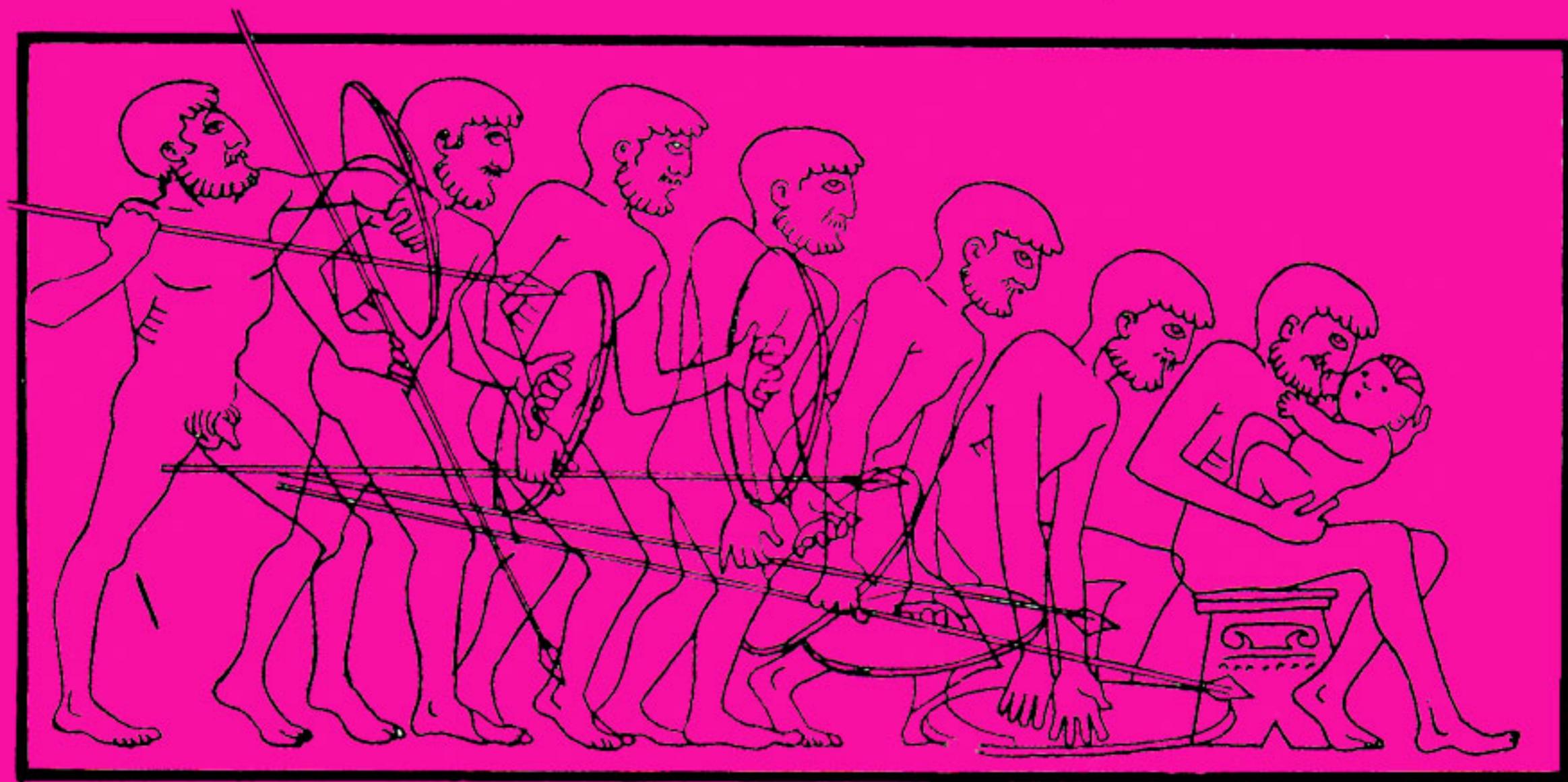


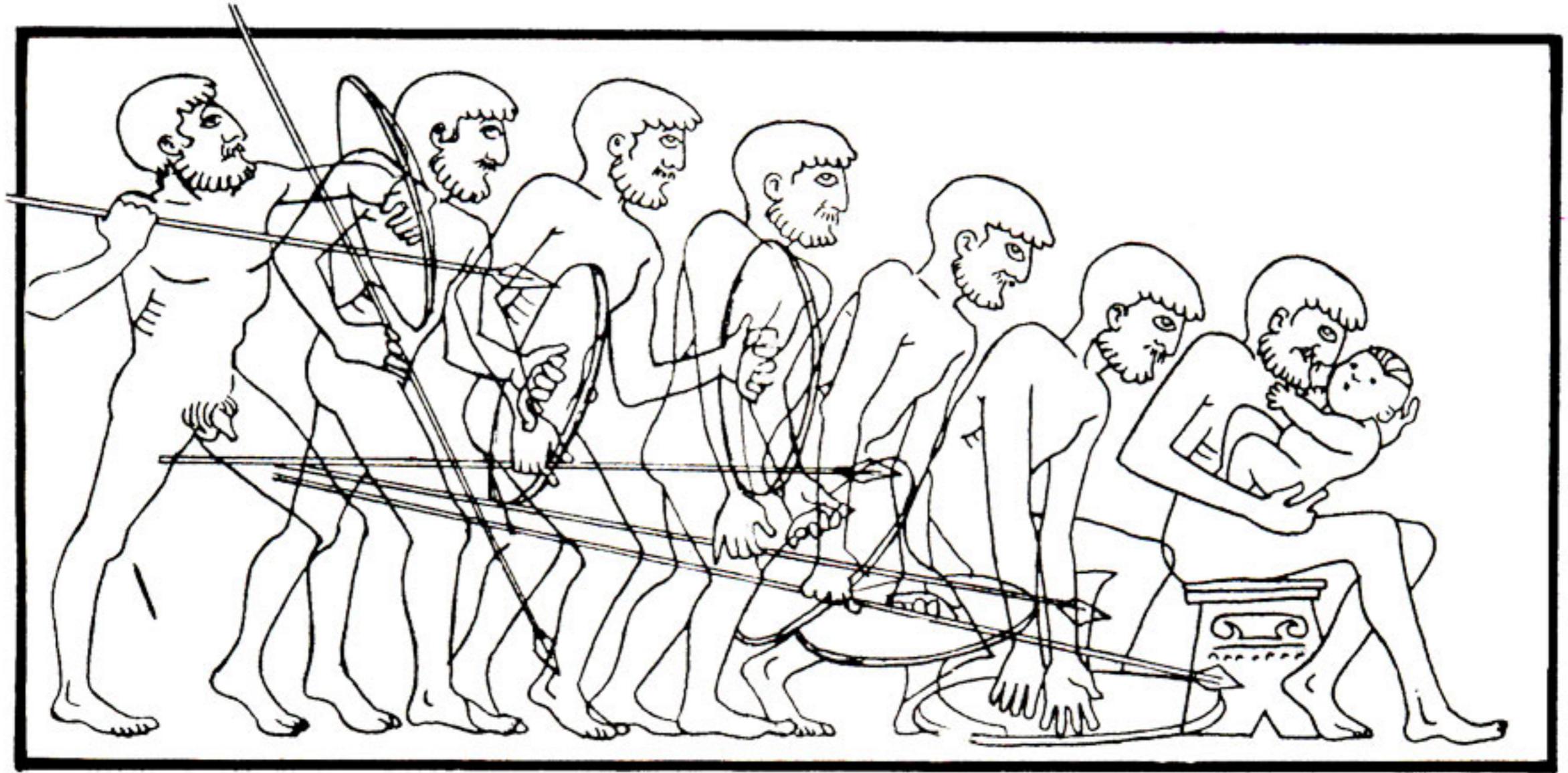
La Paradoja del Poder

(Discursos Michael Kaufman y Magaly Pineda)



La Paradoja del Poder

(Discursos Michael Kaufman y Magaly Pineda)



LA PARADOJA DEL PODER

Edición al cuidado de: Sagrada Bujosa

Composición: Aurora Arias

Diagramación: Editora Buho

Impresión: Editora Buho - 532-2342 / 533-6606

1991, Propiedad de los autores

Editado por: Centro de Investigación Para la Acción Femenina (CIPAF)

Calle Luis F. Thomén No. 358, Ensanche Quisqueya

Apartado Postal 1744

Teléfonos: 567-0120 / 567-0129

Santo Domingo, República Dominicana

Printed in the Dominican Republic

PRESENTACION

Esta ponencia con la que iniciamos la Serie "Papeles para el Debate" dentro de las Ediciones Populares Feministas, fue dictada el 20 de septiembre de 1989, durante la puesta en circulación del libro "*Hombres, placer, poder y cambio*" de Michael Kaufman. Señalábamos entonces, como reiteramos ahora, la importancia de este tema y el gran aporte que significa este trabajo

dentro de lo que se ha denominado la corriente "masculinista".

La segunda parte de nuestra publicación la constituyen las palabras pronunciadas por Magaly Pineda, Directora General del CIPAF esa misma noche y que complementan nuestra visión sobre este tema que continuará abierto al debate para que hombres y mujeres opinen, aporten y crezcan.

CIPAF

8.NOVEMBRE 1991

La Paradoja del Poder

Michael Kaufman- Subdirector del Centro para la Investigación sobre América Latina y el Caribe Center for Research on Latin America and the Caribbean (CERLAC) de la Universidad de Toronto, Canadá. Actualmente trabaja en Centros de Investigación en América Central y el Caribe.

HABLAR DE NUESTRAS VIDAS DE MANERA DIFERENTE

Es para mí un placer y un honor poder estar aquí esta noche. Un placer porque, como algunos de ustedes saben, siento un gran afecto por este país y muchos de mis amigos más queridos se encuentran aquí. Poder estar aquí con ustedes, es también un gran honor. Demás está decir que siempre representa un gran placer para un autor poder ver sus escritos publicados; pero que mis ideas y

mis palabras sean consideradas dignas de ser traducidas al castellano por alguien de una cultura diferente a la mía, me hace pensar que tal vez he hablado de temas que necesitan ser discutidos en todas partes. Es un honor para mí que el CIPAF haya tomado esta decisión y haya emprendido la dificultosa tarea de producir este libro.

Cuando empecé a escribir sobre los hombres y la masculinidad pensaba que todo lo que tenía que hacer era seguir el ejemplo de muchas feministas: intentaría disecar, separar algunas concep-

ciones sobre los hombres y las mujeres que consideramos completamente naturales, pero que en realidad son la creación de nuestra sociedad. He tratado de hacer esto, pero al avanzar en mi trabajo, descubrí algunas cosas que realmente me sorprendieron. Me gustaría compartir con ustedes algunas de estas sorpresas.

Diez años atrás comencé a hablar con hombres. Esto puede sonar algo extraño, ya que como es de suponer, siempre había hablado con hombres. Pero diez años atrás empecé a aprender a comunicarme con los hombres como no lo había hecho desde que era niño.

Comencé a hablar de mis sen-



timientos y alenté a otros hombres a hablar de los suyos. Esto no

quiere decir, que mis conversaciones con otros hombres estuviesen reducidas a ese tópico. Debíamos hablar sólo en primera persona, es decir, tratando de evitar grandes generalizaciones sobre los hombres. Tratábamos de hablar sobre nosotros, pero mientras lo hacíamos, cuestionábamos con mucho tacto el vocabulario, formas de expresión o la conducta que encontrábamos sexista. Finalmente (y esto fue más difícil para mí como activista político y académico), tratamos de evitar proclamaciones teóricas y políticas. Estábamos ahí para hablar de nuestras vidas de una manera en que no lo habíamos hecho antes.

Esto era sin lugar a dudas temible. Me sentí al descubierto. Sentí que todos iban a conocer mis secretos, que iba a perder amigos. Pero lo que descubrí fue exactamente lo opuesto: descubrí que muchos de los secretos que había mantenido ocultos, eran los mismos que los de los otros hombres a mi alrededor. Descubrí que mis miedos y alegrías eran sus miedos y alegrías. Pero lo que es más importante: me di cuenta de que los hombres pagamos un precio muy alto por el poder y los privilegios que tenemos en una sociedad patriarcal.

En mi libro hablo sobre esta peculiar combinación de dolor,

poder y privilegio. Cualquier feminista estaría contenta de decirnos que nosotros ejercemos el poder en las sociedades dominadas por los hombres. Pero lo que los hombres están comenzando a descubrir, es que nosotros también pagamos un precio por vivir en una sociedad patriarcal. ¿Cuál es este precio y de dónde proviene?

LA PARADOJA DEL PODER

En el centro de la vida de los hombres se encuentra una paradoja.

Es la paradoja del poder, o por lo

menos de una definición particular de poder. Sobre el curso de varios milenios, los hombres hemos desarrollado sociedades dentro de las cuales ejercitamos nuestro control. Hemos tenido control sobre mujeres y niños. Algunos hombres han podido mantener el control sobre otros hombres sobre la base de la división de la sociedad en clases, grupos raciales, religión, orientación sexual y la capacidad física o mental.

En oposición a la espiritualidad panteísta de la mayoría de las sociedades tribales, los sistemas religiosos posteriores comenzaron a reflejar, cada vez con mayor intensidad, imágenes de autoridad mas-

culina. En el proceso de conformación de los estados y luego de las naciones-estados, un grupo de hombres comenzó a agitar banderas de oposición contra otros grupos. En nuestro intento de ejercer poder sobre el mundo natural, desde los tiempos de la revolución científica y los comienzos del capitalismo, hemos desarrollado cada vez, más elaboradas formas de intervención en esta esfera. La premisa sobre la que descansa la incesante búsqueda de poder masculino, es que este poder es equivalente a la capacidad de dominar y controlar a las personas y al mundo a nuestro alrededor.

Considerado en su conjunto, esta es la constelación de hechos que conforma el patriarcado, o sea, las sociedades basadas en principios de dominación masculina. El deseo de poder y control forma la parte fundamental de nuestra noción de masculinidad y también la esencia misma del proyecto de convertirse en hombre.



Convertirse en un hombre no parece ser algo que simplemente sucede porque uno nace con un pene. Es una actividad importante durante la niñez y la ocupación principal en el período de adolescencia. La hombría requiere un constante mantenimiento a lo largo de nuestra vida como adultos, ya que para ella no existen garantías.

Pero a pesar de todo el esfuerzo que ponemos en preservarla, la hombría parece estar caracterizada por un sentimiento general de inseguridad. Si la hombría fuera algo que existiera sin esfuerzo, de la misma forma que los patos tienen alas o que las ranas croan, entonces no tendría sentido la lucha que

debemos librar para ser considerados hombres, y no existiría la necesidad de aprender a actuar como uno. Si todos nos sintiéramos completamente poderosos, seguros, fuertes como hombres, entonces no habría niños, adolescentes y hombres adultos tratando por todos los medios de hacer cosas que los hagan parecer o sentirse hombres, a menudo a expensas de mujeres, niños y otros hombres. ¿Por qué sucede esto? ¿Qué conflictos acarrea la hombría que ocasiona problemas?

Los problemas parecen reducirse a una confusión entre sexo biológico y género socialmente estructurado. Aproximada-

mente la mitad de todos los seres humanos nacen con el conjunto de atributos físicos que nosotros designamos como masculinos. Para este cincuenta por ciento no existe absolutamente ninguna lucha para ser masculinos, es nuestro sexo biológico.

Nuestro pene y testículos son nuestro equivalente a las alas del pato y el croar de la rana. Pero la hombría, o masculinidad, es un asunto completamente distinto. Es nuestro género, una definición social de lo que significa ser masculino. Esta definición de género experimenta cambios de sociedad en sociedad, de un año al otro y de una sub-cultura a la otra.

El problema con el género no es simplemente que existe, obligándonos a ir por ahí moviendo nuestras alas o forzando nuestras voces a croar en formas específicas para sentirnos como hombres. Es también un problema porque en cierta forma el género no existe. La masculinidad es una creación, una invención. El género no existe como una realidad biológica, o por lo menos no de la forma en que nosotros pensamos que existe.

Una visión determinada de lo que significa hombría o masculinidad apropiada, ciertamente no se origina de la nada. Es el producto de sociedades que insisten en crear y marcar las diferencias entre lo

masculino y lo femenino. En las sociedades patriarcales hacer esto tiene como fin reforzar la división entre hombres y mujeres, lo que históricamente ha sido parte del intento de mantener a los hombres en posiciones de poder.

Si nosotros concebimos las diferencias entre hombres y mujeres como carentes de importancia, entonces se hace mucho más difícil justificar la dominación masculina. Digamos por un momento que nosotros creemos que ser un hombre no significa simplemente tener un pene, sino también tener una predisposición genética para cambiar pañales, lavar la ropa, hacer las camas o



cocinar. Si esto fuera cierto, entonces los hombres necesitarían otras personas alrededor que no tengan pene, porque éstas serían las que poseerían la capacidad para realizar esas tareas tan necesarias. Es una lógica bastante extraña, pero tal es la lógica singular de la sociedad patriarcal.

La masculinidad es una creación social, una alucinación colectiva. Es como si millones y millones de personas hubiesen tomado exactamente la misma droga, una que les ayuda a imaginarse una realidad que parece estar en todas partes pero que en realidad no existe ninguna.

Así nuestra sociedad crea un

grado de confusión en los hombres que no puede ser resuelto. Uno trata durante toda la vida de ser masculino, pero la masculinidad resulta ser algo que no es posible obtener completamente. Entonces resulta ser que la posesión más preciada en una sociedad patriarcal (dejando de lado un pene y un Mercedes Benz) es un bien imposible de ser poseído.

PODER Y DOMINACION

De esta forma volvemos al tema del poder. la búsqueda aparentemente insaciable de poder y dominación por parte de los hombres es un componente de



nuestra odisea para convertirnos en hombres. Y a pesar de que Ulises pudo volver a su hogar justo a tiempo para recapturar a su mujer y contar sus atributos masculinos, en la vida real los hombres nunca tienen tanta suerte. Hombres de cin-

cuenta o sesenta años descubren que todavía no han podido alcanzar este estado. Más aún, parte de la ansiedad sufrida por hombres de mayor edad en nuestra sociedad, se debe a los sentimientos apabullantes de que uno ha gastado demasiado tiempo de la vida persiguiendo una quimera. Pero aún así seguimos persiguiéndola.

La dominación se convierte en el mecanismo a través del cual se exorcisan las dudas internas sobre la posibilidad de no ser un hombre. Es, de hecho, una de las formas que hemos encontrado para sentirnos hombres de verdad. La dominación se ha convertido en una gama de actividades asociadas con la

agresión y la violencia, aunque la mayoría de las formas de dominación no son brutales o físicamente violentas. El impulso a la dominación, es una respuesta al sentimiento generalizado de inseguridad y carencia de poder, pero como forma de respuesta, resulta sólo disponible y atractiva para esa mitad de la humanidad que supuestamente goza de poder. La horrible paradoja del poder ejercitado por los hombres es, que mientras más tienen que actuar como si fueran poderosos, lo menos que realmente sienten es ser poderosos, ya que siempre saben que todo es simplemente una farsa.

Para los hombres, este manto de

masculinidad funciona como su escudo. Para construir este escudo tenemos que transformarnos en una persona que debe lograr obtener y mantener su control. Tal logro requiere que descartemos muchas emociones humanas y que desarrollemos una coraza muy dura. Este proceso de confección de una coraza hecha a la medida, se completa generalmente durante el período en que ingresamos al mundo de los adultos. Nuestra coraza requiere cuidado continuo y mejoramiento.

Como toda armadura se supone que ella debe protegernos; protegernos de otros hombres que cuentan con el mismo equipo y que



están motivados por concepciones similares de éxito y control. La armadura también se supone que debe protegernos de las mujeres y de los niños, ya que sin protección, sus sentimientos podrían invadirnos, debilitando así nuestra

convicción masculina. Pero por sobre todas las cosas, la armadura debe protegernos de nosotros mismos y el conjunto de emociones, sentimientos y deseos que hemos rechazado. En su novela *"El Otoño del Patriarca"*, Gabriel García Márquez, escribe sobre la "muy vieja certidumbre de que el más temido de los enemigos está dentro de uno mismo". Supongo que como cualquier otra armadura, la masculinidad se convierte en algo incómodo y limitante.

Por supuesto que muchas de las cualidades que tradicionalmente asociamos con la masculinidad son rasgos humanos maravillosos y valuosos. Me vienen a la mente

ejemplos como el deseo sexual, nuestra fuerza física y emocional, nuestra capacidad de actuar bajo presión, nuestro valor, nuestra creatividad e intelecto, nuestra dedicación a una tarea y nuestra abnegación.

Mi preocupación es que muchas de estas características han sido distorsionadas. Nuestra capacidad de actuar bajo presión se convierte en adicción al trabajo. El deseo sexual se convierte en una caricatura de si mismo, a veces dirigido a las mujeres y a otros hombres con obsesión e insaciabilidad. Otras características han sido exageradas, como por ejemplo, mantener una imagen de

valentía que requiere de la supresión de temores. Asimismo, existen otras virtudes y fortalezas que forman parte del potencial de todo ser humano, que la sociedad patriarcal ha suprimido o desvalorizado como atributos en los hombres: la vulnerabilidad, la pasividad, la capacidad de comunicarse con los sentimientos propios, la necesidad de brindar afecto y cuidado, etcétera.

El dramaturgo marxista alemán Bertolt Brecht una vez escribió: *"Cuánto piensas que cuesta convertirse en recio, o aunque sólo sea en moderadamente sensible. Este estado no se logra naturalmente, debe ser alcanzado. Ningún*

hombre nace carnicero".

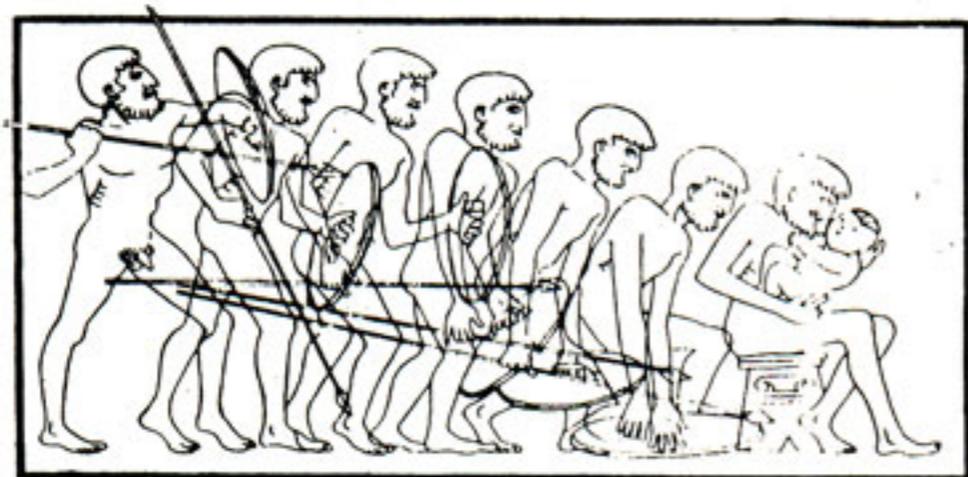
Nosotros hemos ocultado nuestros problemas porque en el pasado pudimos hacer uso del poder y gozar los privilegios propios de una sociedad dominada por hombres. Nuestros problemas también han permanecido invisibles debido a la segregación existente entre los hombres. En nuestras relaciones con niños y luego con hombres, hemos aprendido a competir, a mantenernos en guardia, a ser exitosos. Aprendemos a pelear.

En un mundo dominado por hombres, un mundo donde hemos construido nuestros propios círculos, donde trabajamos y nos

divertimos juntos, los hombres parecen avanzar codo con codo. En realidad, podemos estar juntos, pero en verdad, nos relacionamos a través de nuestra coraza, la que enmudece nuestras necesidades, emociones, debilidades y fortalezas básicas y contradictorias.

Nos mantenemos separados de otros hombres porque sentimos que nuestros problemas e inseguridades son sólo nuestros. Esto, de hecho, nos hace aún más temerosos de ser tildados de cobardes, débiles o simplemente poco hombres. Como respuesta a estos sentimientos, aumentamos nuestra segregación aún más.

EL DESAFIO DE LAS MUJERES



Desde finales de los años setenta, los hombres hemos debido confrontar a las mujeres en demanda de cambios. Nada similar había ocurrido desde el último resurgimiento feminista en los años veinte, después que las mujeres habían obtenido el derecho al voto

en casi todos los países democráticos. La mayoría de los hombres respondieron al movimiento por la liberación de la mujer con desprecio y arrogancia.

Al manifestar sus demandas por igualdad abierta y decididamente, y al negarse a seguir sujetas a la voluntad de los hombres, las mujeres dirigieron su ataque a un status que parecía haber existido desde siempre. Algunos hombres respondieron a esto de forma claramente hostil, otros estuvieron de acuerdo por lo menos en su discurso, mientras que los demás tuvieron simplemente una posición de incredulidad. El hecho no tenía en realidad mayor importancia, ya que

las mujeres continuaron su lucha con o sin nosotros.

Con el pasar de los años, las mujeres han ido socavando la posición de los hombres hasta el punto de que ahora un número creciente de hombres han dejado de creer que las mujeres deben continuar siendo un grupo de ciudadanos de segunda clase, recluidas en trabajos mal remunerados y sin posibilidades de progreso, violadas, maltratadas o reducidas a máquinas de hacer niños. Claro está, esto no significa que la mayoría de los hombres estén abiertamente a favor del feminismo o que estos cambios hayan sido reconocidos por la ley.

Todavía persisten formas de discriminación social y económica en contra de las mujeres y, como muchas de ellas han señalado, muy a menudo existe una discrepancia entre lo dicho y lo hecho por los hombres. A pesar de esto, el cambio de actitudes y hasta cierto punto de conducta, en un período de solamente dos décadas es un logro extraordinario y una muestra de la capacidad humana de reordenar el mundo.

Aún cuando las mujeres hayan obtenido mejoras, una parte de la ecuación feminista se ha mantenido mayormente sin respuesta. Es la parte que tiene que ver más estrechamente con los hombres. Al-

gunas feministas han insistido en que un objetivo no es simplemente la igualdad, sino la liberación de las mujeres, esto es, ellas han planteado un desafío general a todas las formas de dominación y control sistemáticamente las privan de su poder, de su capacidad de controlar sus vidas y su mundo.

Es una pena que en nuestros días escuchemos la expresión "liberación de las mujeres" sólo en muy raras ocasiones. Es una pena, porque esta expresión va más allá del lenguaje de igualdad (las mujeres deberían estar en condiciones de igualdad con los hombres en equis y griega, ye y zeta). La expresión señala el len-

guaje de una transformación fundamental social y humana. Sugiere que las formas de organización social que los hombres han seleccionado, sea esto en política o economía, religión o ciencia, son formas que conllevan, junto con valores positivos, también los valores que tienen el poder de resultar en la destrucción humana.

De acuerdo con esta concepción, el feminismo no es sólo la lucha por lograr que el cargo de Presidente o de Secretario General, sea ocupado por una mujer, sino la lucha necesaria para transformar a la sociedad, para que ésta se base en un nuevo conjunto de valores humanos.

Este objetivo está inseparablemente conectado con los hombres. Una nueva sociedad no puede ser creada sólo por mujeres. Tampoco emergerá de las formas tradicionales de política en la que participan los hombres, aún cuando tengan por intención el construir un mundo mejor. Después de todo, a lo largo de los siglos los hombres han participado junto con las mujeres en formas diversas de acción social radical, muy a menudo con resultados positivos e importantes, pero esto no ha sido suficiente para socavar las raíces de la dominación social. Cumplir con el objetivo principal de transformación social demanda que hombres y

mujeres participen en un proceso simultáneo de cambio personal y político.

LAS MUJERES NOS HAN OBLIGADO A HACER CAMBIOS

¿Qué puedo decir sobre este proceso de cambio? Pienso que este proceso tiene dimensiones personales y sociales. He hablado extensamente sobre el precio que los hombres deben pagar individualmente en una sociedad patriarcal. Pero nuestro mundo en su totalidad también acarrea un costo muy alto. Permítanme hablar por un momento sobre el costo social.

Las mujeres han expresado

elocuentemente cuál es el costo social de mantener a la mitad de la población como ciudadanos de segunda clase. Aún si los hombres



no estuviesen de acuerdo con esta crítica, las mujeres nos han obligado a hacer cambios. Cambios radicales en lo social, político y económico, son necesarios para comenzar a revertir la opresión de

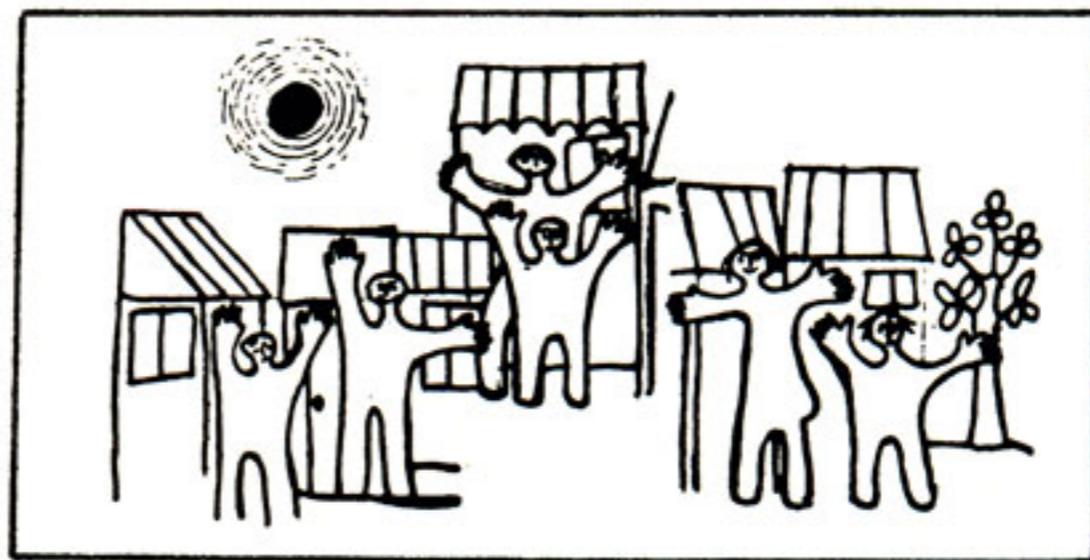
las mujeres. A pesar de las conquistas hechas por ellas en algunas naciones, la necesidad de cambio existe todavía en cada uno de los países del mundo.

Los antropólogos creen ahora que la primera forma de dominación humana fue la de los hombres sobre las mujeres. Esto quiere decir que mucho antes de que las divisiones de clase fueran creadas, los hombres habían comenzado a dominar a las mujeres.

El patriarcado precede por lo tanto a la opresión de clase y este hecho tiene enormes implicaciones. Primeramente, el patriarcado ha moldeado a la sociedad y valores humanos en más formas de las que

podemos imaginar. Por ejemplo, en forma creciente ha afectado nuestra actitud general hacia el medio ambiente. El medio ambiente, la naturaleza, son concebidos como algo que los humanos pueden y deben cambiar, modelar y dominar. Esta tendencia se ha visto acentuada desde el comienzo de la revolución industrial doscientos años atrás, pero tanto los capitalistas como los socialistas se han adherido a la idea de que los humanos pueden controlar y perfeccionar la naturaleza.

Estamos descubriendo ahora que cualquier nuevo intento de experimentar con la naturaleza o de dominarla, terminará destruyendo



el planeta. Este es sólo uno de los ejemplos que podrían ofrecerse sobre la necesidad de revisar los valores pertenecientes a una sociedad patriarcal.

Otro ejemplo podría ofrecerse en el área de nuestra concepción del poder. En todas las sociedades

patriarcales, el poder está definido como el instrumento necesario para dominar otros seres humanos, o controlar los recursos materiales de la sociedad. Es un principio inherentemente jerárquico. Como resultado lógico de este principio, emergen las guerras. En nuestra era, la opresión de clase y los factores ideológicos son críticos, pero la guerra se originó anteriormente en sociedades pre-clasistas. Sin ninguna duda, existían toda clase de causas materiales; pero lo importante es que siempre estuvo ligada al proyecto patriarcal de dominación humana.

La guerra siempre ha sido irracional desde el punto de vista

humano, pero ha servido para promover los intereses de clases o estratos sociales particulares. Hoy en día nos encontramos en posición de destruir absolutamente toda la vida del planeta en una guerra. Esta es otra dimensión en la que el concepto patriarcal de poder (combinado con formas de poder clasista y racial) podría llevar al mundo a su destrucción.

Para todos los que confiamos poder crear un mundo verdaderamente democrático, basado en el desarrollo pleno del potencial humano, es un deber rechazar esta concepción del poder y desarrollar una nueva definición no-patriarcal. Esta definición debe tener como su

eje el concepto de poder como la capacidad de satisfacer nuestras necesidades en el mundo y nuestro desarrollo integral como seres humanos. Satisfacer estas necesidades requiere de una sociedad democrática (económica y políticamente), una sociedad decididamente no jerárquica, no autoritaria y libre.

Lo anterior sugiere, que el socialismo como ha sido entendido desde los días de Marx y Engels, ofrece sólo una solución parcial para los problemas humanos. Uno de los retos a los que debemos responder es extender nuestro concepto de materialismo histórico para darle un lugar de importancia

al análisis del patriarcado, y para desarrollar una concepción del cambio político, social y económico que incluya una visión en contra de aquel.

LO PERSONAL ES POLITICO

He mencionado que un cambio en lo personal es también necesario. Esto puede sonar extraño para algunos de ustedes. Para ser franco, antes me sonaba estúpido oír hablar de ello. Solía pensar que todo lo que necesitábamos hacer era poner en funcionamiento cambios sociales, políticos y económicos y que los cambios personales ocurrirían



posteriormente en forma natural. ¿Por qué debemos pensar en el cambio personal?

El patriarcado no existe solamente en las grandes estructuras culturales, económicas o políticas del mundo. Por el contrario, es recreado constantemente en los corazones y almas de hombres y mujeres.

Como individuos, nos vemos obligados a reflejarlo y reproducirlo en cada una de nuestras actividades públicas y relaciones personales. Manifestaciones patriarcales son evidentes en todos los lugares donde los hombres tienen influencia, ya sea en el congreso, o un sindicato, una iglesia,

un partido político o un bar.

El viejo dicho del movimiento de las mujeres sigue cargado de verdad: en una sociedad patriarcal, todas las relaciones personales son en cierto sentido relaciones de poder. Si consideramos que por política se entiende el ejercicio del poder, entonces las relaciones personales son relaciones políticas. Lo personal es político y el cambio político incluye el cambio personal.

Poder obtener este cambio personal nos permitirá reconsiderar las formas en la que nos relacionamos con las mujeres y con otros hombres, lo que a la vez permitirá a nuestros hermanos y hermanas, participar más plenamente en el

proceso de cambio político. Me gustaría ofrecer un ejemplo sencillo sobre esto. Digamos que yo soy el líder de un partido político o de un sindicato (cuando digo líder me refiero a cualquiera que tenga un papel de conducción). Soy un líder porque estoy comprometido con el cambio y porque tengo ciertos talentos. Pero supongamos también que este papel me hace sentir bien. Supongamos que tengo algo así como un poco de necesidad de conducir, de ejecutar, de controlar, de ser una estrella. Sólo puedo satisfacer estas necesidades si reduzco la capacidad de mis compañeros para hacer lo mismo. Recuerden, que en

el patriarcado, el poder está definido como la capacidad de dominar a otros. Si puedo conseguir hacer cambios en lo personal que me permitan superar mi necesidad de dominación, entonces facilitaría el desarrollo de un movimiento fuerte basado en la participación. Esto es sólo un ejemplo.

Como ya se habrán dado cuenta, podría hablar toda la noche sobre estas ideas. Me siento bastante entusiasmado sobre la importancia de las fuerzas contra el sexismo y el patriarcado dentro de un proyecto de transformación social radical. Me gustaría ahora resumir mi exposición. Lo que he sugerido a lo

largo de ella es, que no sólo las mujeres pagan un precio por vivir en una sociedad dominada por hombres. Para los hombres esto también tiene un costo. Nuestro medio ambiente y nuestra sociedad en su totalidad pagan asimismo, un precio muy alto.

Pienso que necesitamos construir una nueva alianza entre los hombres y las mujeres. Los hombres tenemos que aprender a escuchar como nunca lo hicimos antes. Tenemos que aprender a hacer un tipo de sacrificio diferente para promocionar la igualdad entre los hombres y las mujeres, en los niveles de conducción de nuestros partidos, sindicatos, organizaciones

comunales, grupos religiosos, lugares de trabajo y en las familias.

Juntos podemos desafiar no solamente las estructuras de clase y la opresión racial y nacional. Todas estas cosas están estrechamente ligadas con las estructuras del patriarcado. Estas son las estructuras que están conduciendo al mundo rápidamente a su

destrucción. Ha llegado la hora de que los hombres unan sus esfuerzos a los de las mujeres, para construir un mundo verdaderamente nuevo. Como padres e hijos, maridos y amantes, trabajadores y activistas, podemos ser parte de la revolución más profunda en la sociedad humana que el mundo haya visto jamás.

Michael Kaufman, 20 de septiembre 1989. Santo Domingo, R.D

Asomarnos de puntillas al futuro...

*Magaly Pineda- Directora General del
CIPAF. Socióloga y Feminista.*

PALABRAS DE MAGALY
PINEDA

Hoy me gustaría poseer y hablar en el estilo, tan de moda, de los nuevos predicadores del evangelio. Empezar con hossannas y aleluyas para contagiar a todas y todos en la alegría que siento al presentar este libro y a su autor.

Alegría no sólo porque pudimos superar la barrera del idioma, al enfrascarnos en nuestro primer esfuerzo editorial basado en una traducción hecha desde nosotras, o

por haber podido superar los obstáculos de la falta de fondos, de los atrasos de diagramación e impresión; la alegría en fin, por haber podido superar una vez más las múltiples dificultades que acompañan en este país el poder parir un libro como Dios manda.

Pero estas son alegrías accesorias, las centrales, las vitales, están relacionadas con los contenidos de este libro y muy especialmente con la práctica política de los hombres que lo escribieron. Hombres, que como dice Michael en el prefacio de la edición en inglés,

fueron desafiados a repensar sus vidas, sus relaciones y su visión del mundo por el feminismo y su crítica radical a la vida cotidiana.

Su respuesta, resumida en los dos artículos del libro que hoy les presentamos, no puede ser más esperanzadora: nos hablan de tratar de desconstruir desde su propia práctica personal y política de hombres que viven en una sociedad de supremacía masculina, el armazón patriarcal que los convierte en opresores, y coadyuvar a la implementación de un cambio social global y a la construcción de una sociedad libre y justa.

Nos preguntamos y les preguntamos a ustedes, si esta propuesta

no es una muestra, un signo (para continuar con la onda bíblica) de que tiempos nuevos se avecinan. Signos y tiempos que no siempre las feministas somos capaces de ver, tanto por los apremiantes y agotadores esfuerzos que nos demanda la realidad actual, como por la dificultad y a la vez el poco tiempo que dedicamos a evaluar el impacto de nuestras propias acciones, de nuestras demandas y de nuestra lucha en el devenir de la sociedad.

Con demasiada frecuencia caminamos como el hermano de la canción de Silvio: con los ojos puestos en el horizonte e incapacitadas de ver qué pasa, qué queda y cómo

repercute en el presente nuestra práctica política.

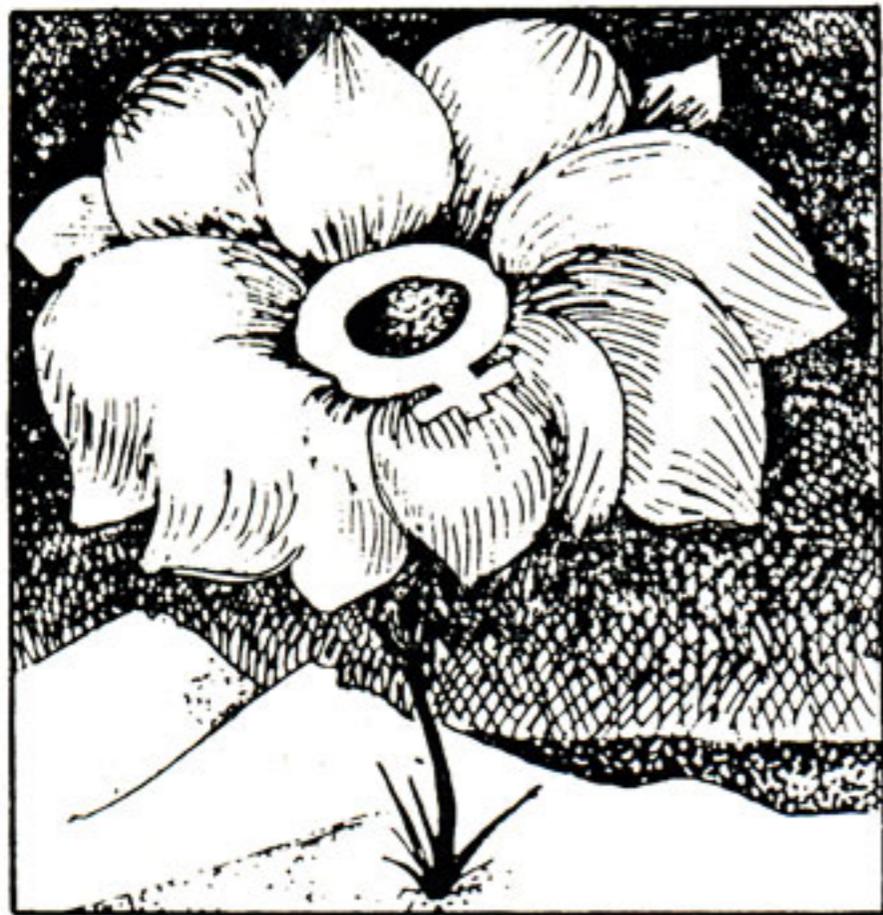


Hace tres semanas por ejemplo, en este mismo local presentamos la campaña "Por una Educación No Sexista" (con muy poco público por cierto). Dirigida a las futuras generaciones, hablamos de ella como tantas veces lo hacemos las

feministas, alegres y optimistas, confiadas en la posibilidad de la utopía, pero también conscientes, dolorosamente conscientes, de que no seremos partícipes de ella.

Y ciertamente será difícil para muchas de nosotras y en especial para las feministas de mi generación, saborear, reír, llorar y caminar en ese no-paraíso, donde hombres y mujeres seremos capaces de vivir y de vivirnos, sin negar el conflicto ni las diferencias, pero sin convertir éstas en fuentes de opresión, de desigualdad, de discriminación.

Un mundo solidario, donde la injusticia social y la explotación no serán ni siquiera materia de recuer-



do y donde la libertad y la democracia enriquecidas con la dimensión de la vida privada se construirán y fortalecerán cotidiana-

mente en las relaciones entre niños y adultos, entre hombres y mujeres, entre jóvenes y viejos, negros y blancos. Y donde cada quien podrá asumir sin entorpecimientos su identidad racial, generacional o sexual.

Al prefigurar así ese día la utopía, la ponía de nuevo en el horizonte inalcanzable. Mi intención autocrítica de hoy, es tratar de leer con ustedes los nuevos signos del presente que la acercan.

Al encontrar aquí y ahora las señales que permiten, no sólo prefigurar con más claridad el futuro, podemos vivir la alegría de que este es posible y de que las feministas estamos aportando cada

vez con más y mejores resultados en la materialización de pequeños y no tan pequeños espacios de transformación. Aportes que no sólo son un abono al futuro, sino la posibilidad concreta de un presente diferente.

Leamos algunos signos. Veamos por ejemplo, cómo en un país en crisis y no sólo económica, sumido en la oscuridad (todos saben que no estoy usando la trillada metáfora) sin pan, ni techo, ni salud para sus grandes mayorías, la respuesta de la población a pesar del evasiónismo y la violencia, sigue siendo confiar y luchar por la transformación de esta sociedad, no por clausurarla ni entregarla a los

que están ávidos de enriquecerse aún más a su costa, sino por buscar un camino de cambio. Es gratificante que el 75% de nuestra población de hoy se identifica con ideas de cambio y que un 26% lo sueña incluso radical.

Esta voluntad de cambio de los (as) dominicanos (as) en una época marcada por el regresionismo histórico, el conservadurismo recalcitrante y el fundamentalismo histórico, nos habla de la posibilidad real de transformar esta oscurana en un espacio de mayor claridad y realización para todas y todos.

Y por otro lado, estamos las mujeres, las feministas y las que no se asumen como tales, construyen-

do lentamente un tejido organizativo que cubre ya casi toda nuestra sociedad y cuyas manifestaciones son cada vez más evidentes. En la calle, en la ciudad, en el campo, en la escuela, en la zona franca o en una financiera, en fin, debajo de cualquier yagua, una mujer con frases sofisticadas o no, sola o desde un grupo, sin discurso feminista o con él, declara, reclama, se enfrenta, defiende su derecho como persona.

También con cada vez mayor frecuencia, hombres jóvenes de oído atento, no tan jóvenes, de mente abierta, e incluso mayorcitos sin esclorosis intelectual, se hacen sensibles a nuestras demandas,

reaccionan críticamente frente a sus propias prácticas o nos prestan su apoyo solidario.

Es cierto que estamos lejos aún de contar con señales más claras como las que ya están presentes en los ensayos y en la práctica de los hombres como Michael, o como las de los grupos de asesoramiento que empiezan a extenderse por Estado Unidos y por Canadá, pero también fue tardío nuestro feminismo y también hemos caminado despacio y a veces en círculos durante largos años.

Creo que nunca estuvo en nuestros cálculos la posibilidad de que nuestra lucha encontrara, no digo ya los aliados para producir los

cambios legales o las reformas jurídicas que nos permitieran avanzar, porque esos amigos, pocos pero de calidad, siempre los hemos tenido; sino el de haber sentado las bases para que los hombres, desafiados por nuestra propuesta política iniciaran desde el propio seno del patriarcado, desde su propia condición de género opresor, una crítica y una práctica que abra la posibilidad de construir un movimiento antipatriarcal masculino, que supere a esos dos o tres amigos y simpatizantes y que transformados en una masa crítica, cree las bases de una alianza nueva que acerque o pueda acercar enormemente la utopía.



Porque tengo la sospecha y espero ésta se convierta en confianza, de que hay otros muchos signos esperando por nuestra lectura, quiero compartir con ustedes, mi regocijo al presentar hoy esta

primera edición latinoamericana de
Hombres, Placer, Poder y Cambio.
Compartir mi alegría porque:

*Cuando a pesar de
máscaras, puños y violencia
Cuando a pesar de la aprendida y
exaltada dureza
un hombre se atreve a confesarse
mariposa
Cuando a pesar de los espejos
devolviendo las imágenes
conocidas y aceptadas
un hombre se preocupa
si deja el color de
sus alas en los dedos
Cuando eso ocurre
podría parecer que la vida
-regalo inesperado-
te permitió asomarte
de puntillas
al futuro...*



Magaly Pineda,

20 de septiembre 1989. Santo Domingo, R.D

Centro de Investigacion Para la Accion Femenina (CIPAF)
Ediciones Populares Feministas
Serie de Papeles para el Debate